

BIBLIOGRAFÍA

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *La epopeya castellana a través de la literatura española*. Espasa-Calpe argentina, Buenos Aires, 1945.

Ramón Menéndez Pidal, a quien deben nutrición lingüística, literaria e histórica tan grande número de estudiosos, explaya en la versión española de su ya clásica obra *L'épopée castillane à travers la littérature espagnole* (publicación de las conferencias que pronunció en 1909 en la Universidad John Hopkins, de Baltimore) un aspecto de los resultados de su inacabada inquisición en los ricos hondones de la tradición peninsular.

Menéndez Pidal sabe "elegir sus planos" de análisis. Con finalidad seguramente definida horada en penetración profunda y extensa los amplios campos de la épica española. Y deja, en cada remoción, un fructífero sedimento de soluciones, halladas en virtud de su aguda indagación y de su sagacidad intuitiva. Su obra ofrece, extendido ante nuestros ojos, el variadísimo y magnífico tapiz de la poesía épica castellana, al que la historia fué entregando personajes reales, plenos de vitalidad y rasgos peculiares —aunque sometidos, claro está, a influencias de tradición y ambiente propios y de contactos culturales ajenos—, y a los que la vigorosa aptitud poética del pueblo español, de todo el pueblo español, infundió, por obra de "genios indoctos" y anónimos, impar persistencia literaria, continuada en el tiempo y abierta en el ámbito geográfico.

El estudio que comentamos avanza prietamente ceñido a un eje poderoso —la evolución de la epopeya castellana—, marcando su progresión con nítidas caracterizaciones, literarias e históricas, de las diferentes épocas que atraviesa. Perfila en claras y breves referencias, de singular valor expresivo e histórico, los períodos literarios españoles, y descubre en ellos, tras previa discriminación de las notas fundamentales y de los detalles accesorios, los firmes influjos y los sucesivos desarrollos de la poesía épica.

Se inicia la obra con el estudio de los remotos orígenes y de las múltiples influencias que pudieron configurar con rasgos tan esencialmente propios los viejos cantares de gesta —configuración a la que concurren, con ingredientes de valoración dispar, la tradición germánica, la modalidad musulmana, la limpia y austera penetración del cristianismo, el

contacto tardío con la epopeya francesa. Con esclarecedoras advertencias sobre teorías envejecidas y nuevos planteamientos de los problemas histórico-literarios, Menéndez Pidal analiza los caracteres permanentes de la epopeya peninsular y los enfrenta, en frecuentes paralelos diversificadores, con los de la epopeya francesa.

Su empeñosa tarea de investigador, al acercar al saber crítico valiosos documentos ignorados por eruditos anteriores a él, le permite confirmar sus propios puntos de vista y desbaratar hipótesis de ya desechado fundamento. Estudia de este modo, junto a la natural evolución del género, los contactos de ciclos poéticos y las interferencias presuntas o probables; las lentas transformaciones literarias de los hechos históricos y la ampliación o estilización de los datos tradicionales. Atisba las paulatinas transiciones a formas expresivas nuevas, la aparición de elementos no utilizados por la poesía tradicional o extraños a su índole y, en camino de minuciosa estimación, confiere categoría de arte a la "sobriedad profunda" de los juglares anónimos y a los imprevistos enfoques de pormenores sutilmente potencializados por la no aprendida habilidad poética de los cantores primitivos.

El *Poema de Fernán González*, el *Cantar del cerco de Zamora* y el *Cantar de Mto Cid* condensan momentos diversos de la historia medieval de España. El encumbramiento de Castilla, los vaivenes de la lucha entre Castilla y León, la unidad peninsular, están allí contemplados en perspectivas diversas y marcados con rasgos de inquebrantable fidelidad al ambiente. Queda en ellos evidenciado en forma eminente el carácter histórico de la epopeya hispana, anticipada ya, según Stolz, en la historicidad de las obras de Lucano.

Elocuentemente representativos de la modalidad española en la Edad Media, los tres poemas alcanzan significación equivalente como documentos arqueológicos y como obras de arte. Hay en ellos intuitiva sabiduría en la gradación de los efectos, poderosa energía dramática y eficacísima utilización de los hechos reales, "superiores en belleza a toda idealización".

He aquí, aplicados a los tres poemas, los valores esenciales de toda la poesía tradicional. Valores que se repiten y, a veces, se acrecientan en la prodigiosa floración poética del Romancero, tras el feliz injerto del genio lírico en la firme realidad de la épica.

Esta tradición de alta eficacia verbal, cenceña concisión en los elementos narrativos, grandeza en los temas, rapidez de exposición, destacan aún la sobriedad precisa de las crónicas medievales, caudalosas fuentes de fresca poesía y fuerte dramatismo no agotadas todavía.

Tras su popularización y condensación en el Romancero, está luego la trasmigración grandiosa de la epopeya al teatro español: esperanzada revolución inicial en Juan de la Cueva, perfección cimera en Lope —en quien “se obró la amorosa unión del alma de la colectividad con el alma del poeta”—, trabazón habilísima de los viejos romances en Guillén de Castro.

Y, por último, para afirmar una extraña pervivencia, la incomparable fecundidad del género ilumina con reflejos de heroica grandeza humana la clásica plasticidad de las escenas cornelianas, sirve “de apoyo al Romanticismo en la empresa de despertar la conciencia nacional” de los pueblos de Europa y mana todavía un claro caudal de poesía renovada y enriquecida en la íntima raíz nacional de la vieja Musa popular, en el que beben las últimas generaciones literarias españolas.

Queda aquí sintetizada la parábola diez veces secular de la épica castellana que Menéndez Pidal desarrolla, sostenida en firmes coordenadas, orientadoras de esclarecimientos históricos y literarios. Los ejes históricos conducen a los núcleos esenciales de la evolución literaria en España. El estudio de cada uno de ellos evidencia rasgos comunes: en primer término, la unidad de inspiración, que no excluye sino acrecienta su extraordinaria riqueza y variedad, resultados de la armonía y cohesión características de todo lo español. Surge luego el realismo —nota racial del arte hispánico—, “arte supremo que se esconde a los ojos que lo contemplan para dejar absolutamente clara la visión de la realidad”. Y por fin, como rasgo definitivamente tipificador, la singular longevidad del género y su polifurcación en realizaciones nacionales y extranjeras, fruto de un proceso, repetido a través de las generaciones, de transmisión popular o, por mejor decir, de reelaboración popular de gérmenes poéticos afectuosamente recogidos por la masa señorial, de democracia hacia arriba, que es el pueblo español.

Oportuna es la publicación en castellano de este trabajo de perdurable actualidad —apenas remozado ahora en algunas notas sugeridas por más recientes estudios—, cuya aparición ya lejana en francés, en 1910, sirvió con altísimo significado al esclarecimiento de importantes aspectos de la historia literaria peninsular.

¿Diremos que la vitalidad poderosa de toda manifestación humana española y su indiscutible repercusión dan también permanencia a esta obra tan propia de quien por su caudalosa y sólida labor de historiador y crítico es reconocido maestro de magistrales discípulos?